

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la

UnderWood

Año 1/ Nº 3

Diciembre

1997

Rosario

Segunda época

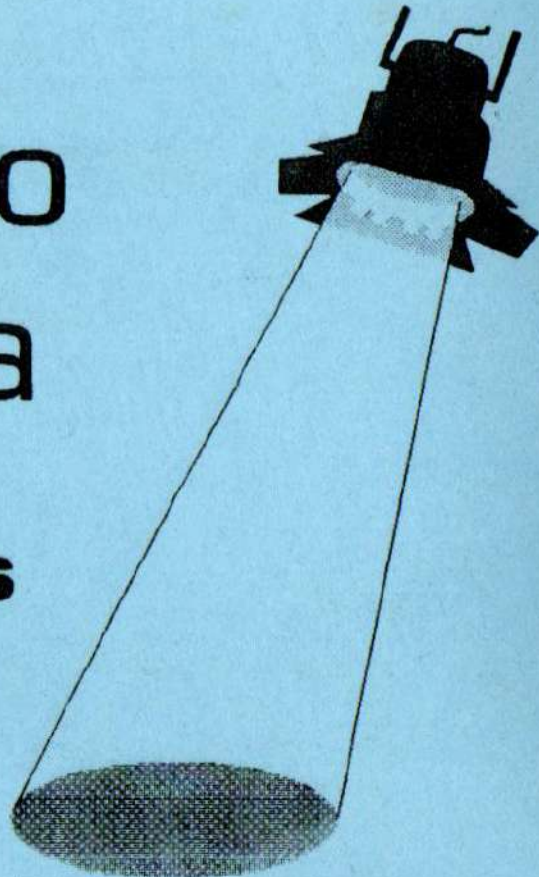


Alba.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

\$1

Federico Tinivella

Fotografías



TELEFONO: 55-2049

MultiCopias I M P R E N T A

Impresiones Offset

Duplicaciones

Librería

Fotocopias

Servicio de FAX

Plastificados

Encuadernaciones

Espiralados

Anillados

Procesado de Master y Chapas

Tarjetería

Ahira.com Entre Ríos 565 Archivo Histórico de Revistas Argentinas
Tel/Fax: 255888 - 2000 Rosario

**"Canto y cuento
es la poesía.
Se canta
una viva historia,
contando su melodía"**

*Antonio Machado
Antología Poética. ALIANZA*

Para seguir leyendo...

CRUCIVERBA LIBROS

Rioja 2110

Tel/Fax: 409666

Rosario

Viajeros de la UnderWood



Publicación bimestral
de narrativa y poesía.
Año 1/ Nº 3 - Rosario 12/97

Editores: Mercedes Gómez, Diego G. Martínez

Colaboradores: Maia Ferro, Beatriz Vignoli,
Martín Navarro, Daniel Boglione,
Marcelo J. Valenti

Diseño: Diego G. Martínez

Ilustraciones: Javier Hernández

Publicidad: Mercedes Gómez

Redacción: J.M. de Rosas 929, 10ª "C",
tel: (041)488864.- Rosario

Correo electrónico: dim@citynet.net.ar

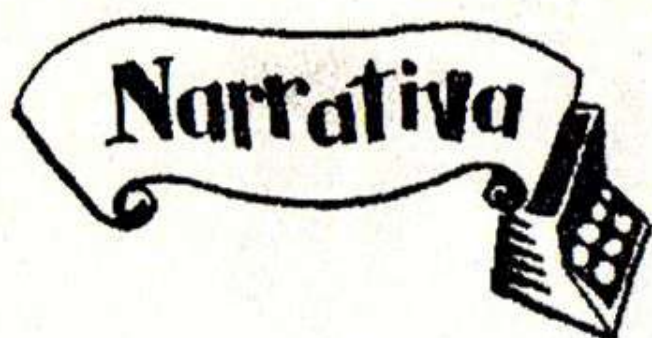
Director y Propietario: Pablo J. Solomonoff

RNPI en trámite

Imprenta: Multicopias

ACLARACION DE LOS EDITORES

La editorial no comparte necesariamente las opiniones de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, notificando por cualquier medio a nuestros editores.



En la playa

Daniel Boglione

Estás cómodo aquí en la playa. Piensas.

Recostado como un rojizo lagarto sobre la reposera, atenuando los calores de un sol intermedio bajo la sombrilla con marcas de gaseosas impresas, disfrutando sin toses molestas un cigarrillo rubio, largo y picante.

Te acomodas mejor, estirando tu no tan delgado cuerpo, dejando los pequeños rollos de tu calmado (colmado) estómago caer flácidos a los costados.

Estás cómodo, piensas, mientras llevas a tu boca ávida de pez de presa, la bebida ligeramente alcohólica macerada en frutas frescas.

Dejas pasar tu vista por la playa casi desierta: apenas dos o tres cuerpos oscilan en la bruma caliginosa de la tarde cercana. Es fin de temporada, lo sabes bien, y tratas de estirar los minutos horas o, tal vez, los días lentos para acaparar todo, gozar todo.

Estás cómodo, lo sabes bien, y te dejas llevar por el ritmo acompasado del bum-bum del océano, de la brisa tibia, del alcohol suave en tu garganta. Te dejas llevar y te agrada.

Pero la ves salir del mar.

Sale chorreando agua por todos sus lados, caminando pesada y no graciosamente desde la marca del agua sobre la playa semisucia, como ciertas partes de tu vida, en dirección a ti; hasta parecería que el mar ha retrocedido, libre ya de su mole, de su grasa, de su incómoda presencia.

Sigues tirado cómodo, pero ya todo ha cambiado. El sol es más crudo, la brisa lastima con granitos de arena como agujones, el bum-bum monótono y apaciguante se ha vuelto rugiente y ruge en tus oídos llenos de sol.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Ya no estás tan cómodo, piensas, y la miras, con el devastador conocimiento de que nunca la has mirado, que jamás la has visto.

Es ancha, gorda, tres líneas de pechos le caen hasta la cintura, cintura que no tiene definida pues es la continuación de esa cascada de pechos; sus piernas son macizas columnas de dobleces en las rodillas que un sarcástico llamaría hoyuelos. Y el rostro redondo de muñeca maligna, con una sonrisa que no condice con sus casi cuarenta años de comerse todo y a toda hora. Malla entera, la cual no disimula los trozos colgantes de carne muerta, un pelo muerto sin brillo y su piel cubierta de una grasilla invisible y maloliente. Huele a comida ya comida.

Se detiene junto a ti, salpicando gotas de mar frías sobre tu cuerpo caliente y cómodo. Su voz es un graznido sin entonación hiriendo tus oídos.

Es tu esposa, lo sabes.

La odias, también lo sabes.

No hay mucho que preguntar, eres honesto contigo mismo y eres, al mismo tiempo, frío y calculador. Ella tenía más dinero que el que podía gastar en dos vidas, tú un pene que podía funcionar más de lo que ella necesitaría en tres vidas. El arreglo fue fácil: tu pene contra su fortuna, cuatro revolcones por semana haciéndola llegar a la estratósfera y tu cuenta de gastos plena para ti.

Pero no es justo.

Tienes treinta cortos años, lo sabes, y estás atado a esta gorda infame, a un Hércules femenino que te aplasta con sus besos ciclópeos, que te destruye con sus brazos de sexo puro y, como un golpe de sol en una mañana de niebla pegajosa, descubres que no sólo la odias, también deseas matarla.

Ella se seca lentamente. Tiene mucho que secar, piensas sardónicamente, y habla habla habla mientras lo hace y no advierte el odio odio odio que sube de tu persona a ella, a ella que te tapa el sol, la que ahogas en sexo, la que llora de pasión cuando llega al orgasmo y duerme con la cabeza al lado de tu sexo agotado y lo besa al amanecer.

La odias, lo sabes bien, y deseas matarla. Hoy, ahora, no puedes parar tus impulsos y hasta te sientes excitado y ves que tu malla se deforma al empuje de tus gónadas.

Es tan poderoso el deseo de muertesecho que te tiemblan las

manos.

Será fácil, piensas.

La llevarás a las rocas en la punta de la playa, le harás el amor de una manera brutal... total ella siempre está dispuesta a ser violada y a violar, y luego le romperás la cabeza con una piedra, preciosamente, y la tirarás al mar.

Es simple, piensas. Todos dirán que se golpeó la cabeza y se ahogó, simple y eficaz.

Tu excitación es visible para ella. Se te sonríe.

Caminas con ella, flaca figura al lado de su mole, como urgiéndola, pues tu pasión no puede esperar.

Ella ríe queda y ronca, como el aletear de un pájaro negro.

Ella cree que la amas, piensas, y gozas en tu interior de cómo será estar tirado en tu reposera, cómodo, sin esperar el frío instante en que ella llegue del mar y te hable hable hable.

Llegan rápido a las rocas, ya están ocultos de los tardíos turistas de la arena a los cuales igual no les importan ni tú ni ella.

Ella casi se arranca la malla con movimientos apurados y se tiende boca abajo pues es la forma de acople que más la excita.

Te sacas la malla, tropezando con tu sexo rígido, disfrutando del poder que representa, pues en este momento mandas y -lo que harás después- te da el poder absoluto.

La cubres con tu cuerpo, la penetras de un golpe bestial, comienzas a moverte al ritmo que a ella la seduce enloquece y tu mente se halla lejos con tus ojos buscando una piedra suficientemente bella para romper esa cabeza repulsiva de cabellos muertos y sin brillo y ni sientes tu sexo penetrarla y hacerla gemir y hacer daño y ni ves sus manos clavarse en la arena pedregosa y casi ni escuchas sus patéticos grititos de placer que te exasperan pues ya no soportas más su forma de gozar bajo tu cuerpo leve.

Te mueves ahora con determinación, llevándola al paroxismo como un pastor arrea sus ovejas mugrientas y sientes las contracciones primeras que preanuncian el orgasmo que cae como piedras negras sobre su conciencia.

Ella se contrae varias veces, recibe tu semen que eyaculas sin apenas darte cuenta, se retuerce un poco y queda floja sobre la poca arena recalentada y varias piedritas ignoradas.

La observas.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

La observas y piensas, piensas en el testamento que nunca hizo y piensas en los próximos problemas legales para la sucesión de sus bienes y piensas cuánto tiempo tardarás en olvidar su cuerpo relleno y piensas que esa piedra amarillenta sería muy buena y te desacoplas lenta pero firmemente para alargarte y tomarla.

Y ya tienes la piedra en tus manos y la sopesas. Es cómoda en tu mano, piensas, y te agrada el respeto sólido que la misma da a tu mano.

Sonríes. Sonríes, aunque un poco tontamente, pues estás degustando lo que vendrá.

Y, cuando te vuelves, rescatándote de tu ensimismamiento, levantando la manopiedra para romper esa maldita cabeza de pelo muerto, ella no está.

Levantas la vista y la ves corriendo desnuda, colgando sus muertas carnes como viejas banderas a su alrededor, corriendo hacia la ola que se viene espumosa y violenta a su encuentro.

Ella vuelve a los grititos, grititos de puro placer.

Te ha olvidado a ti como a su malla-prisión y corre hacia el mar en una explosión de pura alegría animal en el festejo del acople, en el aullido de su carne libre.

La ves ir, y dejas caer la piedra de tu mano blanda.

No recoges su malla, sólo tienes fuerza para ponerte la tuya y caminar derrengado vencido hacia tu reposera arrugada, tu bebida ahora tibia y tu cigarrillo ya consumido.

Los otros bañistas se han ido y sólo están tú y tu reposera bajo la sombrilla de marcas de gaseosas.

Te recuestas sobre la reposera, sin pensar casi, dejando que la brisa te acaricie como consuelo tardío. Prendes otro cigarrillo rubio, picante, largo como los días que te esperan.

Te quedas esperando que vuelva ella, su cabello muerto, su piel muerta, sus carnes colgando y su voz estridente y recuerdas la piedra con nostalgia.

Debo convencerla de hacer un testamento, piensas, casi adormilado sobre tu reposera cara, con tu bebida suavemente alcoholizada y entre el humo apenas visible de tu cigarrillo de marca.

Estás cómodo aquí en la playa. Piensas.



El derrumbe

Diego G. Martínez

Camina sobre una calle paralela, apurado. Su respiración se endurece, producto de la velocidad. Va a llegar a la avenida, en donde el tránsito se multiplica y las miradas se diluyen en vidrieras pacatas.

Sus borceguíes son pesados y marrones. Mantienen un ritmo parejo. Quizá el calor sea excesivo para usar ese calzado, pero no hay opciones banales cuando a uno lo persigue el apuro de un desastre.

El mismo sol que acalora sus pies gastados, regala el color de los pocos árboles de la avenida, de los autos último modelo, de carteles pintados a veces con criterio y otras con espantoso candor.

No tiene tiempo para detenerse en estos detalles, simplemente yo puedo enmarcar la situación y dar una visión paisajista. Detalles que muchos agradecerán por puro sentido literario.

¡Qué significativo que puede ser el entorno para algunos!

Sin embargo, él sólo puede seguir corriendo abstraído en el pensamiento de un desastre. Sí, ya sé que lo dije antes, pero es un desastre, así de claro, con letras mayúsculas que no pienso escribir ahora. La descripción que recibió permanece ondulante en su memoria activa, encendida como en un artefacto en stand by, esperando que encaje con aquel que cumpla con las características. Fueron muy claros y sintéticos al hablar: "pelo largo, de color negro. Ojos verdes, pero un verde oscuro. El aro en la oreja derecha es una pequeña daga, con una piedra aún más pequeña en el mango diminuto".

Cuando cruza las calles, corriendo, porque nunca termina de hacerlo, un instinto contemporáneo lo salva de los embistes de las carrocerías metálicas, de los motores en marcha, de las ruedas afanadas en convertir todo lo que encuentran a su alcance en una película delgada que se acople al asfalto.

Lo poco que puede escuchar es su propio torrente sanguíneo, en la autopista desenfrenada de sus venas; el retumbar grave de sus zancadas en las sienes exigidas. Y quizá vea alguna gota de saliva, escapándose contra su voluntad de la boca semi-abierta. Sintiendo un sabor desagradable en la lengua y el paladar producto de la constante

tensión.

Corre hacia mí, para impedir que lo haga. Cosa que no pienso evitar.

A 200 metros adelante estoy yo, caminando por la misma avenida, en sentido contrario al de él. Ninguno de los dos sabe esto. Yo tampoco, por increíble que parezca.

A razón de 9 segundos por cada 100 metros, nos encontraremos en tan sólo 18 segundos y 62 milésimas. Teniendo en cuenta los cruces de calle, tal vez se extienda unos 5 segundos más. Quién sabe.

Algunas gotas de sudor corren por los lados de su cara, cayendo en silencio en la vereda. En un instante salpican a una señora mayor que lo mira con recelo, con desconfianza. Las distancias se acortan, tanto que ya lo veo avanzando en mi propia dirección. Yo no lo sé, estoy abstraído en pensamientos mundanos, en planes propios, sin mirar nada en particular, quitando de mis hombros algunos restos de cabello que se pegó sobre la camisa. Siempre odié ese detalle después de cortarme el cabello.

El impacto está a punto de producirse por pura casualidad, por razones que escapan a nuestra comprensión y que muchos otorgarían a poderes superiores e incluso armarían un simposio exponiendo sus conceptos.

Pero, digamos que simplemente sucedió. Su pie derecho pisó una baldosa floja, que podría haber no pisado si hubiera empezado la corrida con el pie izquierdo y no con ese mismo que se traba en la baldosa. La armonía de la carrera se ve interrumpida por este hecho (¿afortunado o desafortunado?) y comienza un desarreglo de movimientos. Sus brazos se mueven descontrolados, buscando un equilibrio perdido, el pie izquierdo se antepone al otro y conduce su cuerpo entero al vacío, casualmente inclinándolo hacia un lado. El lado en que estoy yo caminando tranquilamente, todavía abstraído en los pensamientos que anteriormente mencioné. Su peso se desparrama sobre mi pecho, sus manos caen sobre mis hombros, pretendiendo ilusamente reestablecerse. De esta manera, caemos los dos sobre el piso, yo de espaldas sobre la vereda, golpeando duramente distintas partes de mi anatomía (ya no sé si aún me

duelen); él, gracias a mí, no sufre golpes. ¡Que ironía!

Cuando me mira a los ojos, a mis ojos verdes (pero verde oscuro), y yo veo los suyos, encuentro en forma pura el desasosiego, el temor y el apuro. Nuestras narices están a dos centímetros de distancia y seguimos mirándonos a los ojos; en otras circunstancias me sentiría incómodo. No atina a disculparse, pero en una zona del iris veo la intención. Se levanta sin perder tiempo, valiosas milésimas de segundo, y sigue su marcha abismal.

Yo quedo tendido en el suelo, algunas personas se acercan preguntándome si estoy bien; incluso escucho improperios en contra de él.

Me incorporo, dudosamente a salvo, arguyendo que me encuentro bien a ese señor que insiste en ayudarme. Le doy las gracias y sigo en mi dirección.

Opuesta a la de él.

Una cuadra más adelante, comienzan a hacerse sentir las partes lesionadas de mi cuerpo. A éstas se agrega la punzada en el lóbulo. Toco mi oreja derecha y recuerdo la peluquería. Allí también colocan unos aros muy buenos, tienen modelos para elegir. Finalmente elegí uno simple, una perlita plateada.

Río maliciosamente. El nunca lo sabrá.

Jamás conocerá los infinitos detalles que derrumbaron su vida.





adriana osella
estudio de diseño gráfico

J.C.Paz 1257 - Alberdi - Tel/Fax 556390

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Todo cae

Beatriz Vignoli

*No abandoné nada, no reniego de nada, me sigue sangrando la nariz,
vivo de lo que sigue sangrando -
Lo que sigue sangrando no para de brillar - las heridas que se niegan
a cerrarse son grietas en la mugre de los días por donde puedo ver el
universo -
Si me hubiera curado estaría ciego -
Si me hubiera dejado atrás estaría muerto -
Es la misma raíz lo que mata y lo que surge, lo que rompe todo y pide
agua - es la misma raíz - Yo te vi ahogar tu propio llanto en el silencio
como a un gato en agua tibia y te sigo preguntando nena por qué no
aullaste - hubieras aullado -
Ahora estás recuperada y amas tus animales y tus plantas - pero todo
ese negror que clamaba en el vacío también era tus animales, también
era tus plantas -
Cómo te atreves a despreciar esa fuerza -
Yo no me recupero porque todavía no he terminado de perderme -
Espero aprender a no quebrar lo que me lleva -
No te mueras sin antes besar tus cicatrices - quién es el mundo para
que no le marquemos huellas -*

La luz se cansa. Se cansa de volver sobre los días.

Andrea, que en unos días vuelve a Barcelona con su marido, ha venido conmigo al Parque de los Perros Suicidas junto al Río Paranadá a explicarme que al final de cuentas hicimos bien en separarnos, aquella vez. Que mi recuerdo era mucho mejor que yo, que quizás no haya sido una suerte reencontrarnos. Está cansada de mí, dice. De mí y de mi recuerdo. Le digo que yo también estoy cansado de mí. Pero que lo mío es peor: no puedo elegir cambiarme por mi propio recuerdo. "¿Por qué no te matás?" me dice Andrea en un tono amistoso, como si me estuviera dando un buen consejo. Quizás lo sea.

- Ya sé porqué no te matás. Siempre fuiste un cobarde. "Nada salió de vos," como dice el Flaco. En tu poema hablás de dejarle huellas al mundo pero vos no te animaste a dejar ninguna... ni

música, ni hijos... hacés una apología de mi sufrimiento y no te das idea de lo que yo pasé... capté la alusión, esa horrible metáfora del gato... ¿cómo te da la cara para leerme algo así?

Detrás de Andrea, envuelto en bruma, el barco que llegó en el verano casi junto con ella sigue en el río.

El barco se llama "General" y un anochecer del último febrero vino directo hacia nosotros, más exactamente hacia mí. Una cosa pesada, gigante, fantasmal, llena de óxido, majestuosa de un modo siniestro. Yo lo seguí hasta el final del muelle, donde me cuadré en un saludo fúnebre, mi puño derecho sobre mi hombro izquierdo hasta que lo perdí de vista. Después volví con Andrea y le expliqué que en ese barco iba el espíritu del General... ahora pienso que quizás sea siempre el mismo barco que viene todos los días a la misma hora desde Puerto San Martín, y que no puede llamarse de otra manera dado el alto porcentaje de militares de alto rango en la historia de la región. Pero entonces los dos convenimos en que se estaba manifestando ante nosotros la conciencia misma del universo, y que allá iba nuestro amigo el General en su funeral vikingo surcando los tiempos. "Lo que nos sueña -pensé- se muestra ante nosotros, y ha dejado pasar todos estos años para que nuestro reencuentro se sincronice con el instante exacto en que el espíritu del General abandona definitivamente la tierra," pensé y le dije a Andrea entonces.

Ahora le digo que no quisiera empezar a oír reproches justo delante de este barco y este río, enfrente de aquella isla, debajo de este cielo, a la misma hora y en el mismo sitio exacto en que fuimos felices.

- ¿Fuimos felices? - dice Andrea- ¿Cuándo?

- El once de febrero de 1995 entre las 19:45 y las 20:00 horas.

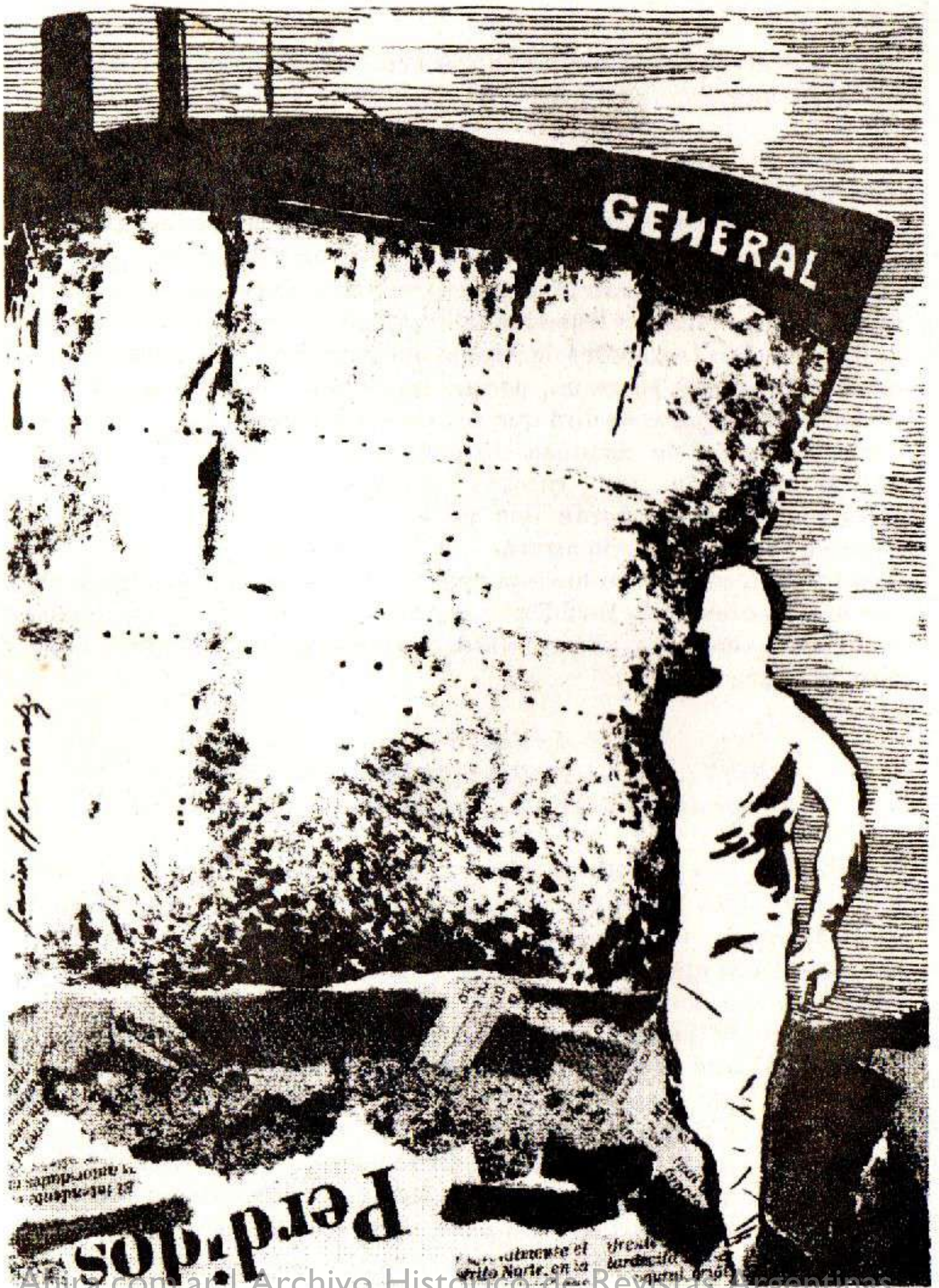
Andrea se ríe, vengativa.

- ¡Tus quince minutos de gloria! El resto de tu vida fuiste un infeliz...

Viene una brisa húmeda desde el río, como almas en pena que soplaran envidiosas sobre nosotros.

- ¿Y vos? -la apuro- ¿Cuándo fuiste feliz?

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Anira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

- Vos no conociste Barcelona -me contesta. Y contra eso no tengo nada que alegar.

Ella se va. Me quedo solo. Mejor. Seguiré aquí en el muelle, saludando a aquel barco mientras exista. Seré el loco perdido saludador de barcos. Siempre aquí, saludando a los barcos. Me convertiré en una leyenda local. Los niños me temerán, pero en cuanto crezcan me harán protagonista de sus historietas; así figuraré en los futuros fanzines legendarios de Atopia. Duraré años. Viviré de la limosna. Los trovadores de Atopia me escribirán canciones. Habrá muchas canciones sobre mí, porque habrá muchas versiones de mi historia. En algunas se dirá que soy un ex-combatiente de Malvinas. Otras hablarán de fortunas disipadas, de una brillante carrera militar truncada por razones oscuras. Las versiones más inverosímiles mencionarán una misteriosa mujer que se vuelve a España. Viejas del barrio jurarán que la vieron subir a ese taxi... sí, a aquel taxi que apaga su luz roja bajo la densa masa de penumbra en que se han convertido los follajes apenas amarilleantes de los ginkos en la plaza Guernika, allá enfrente... pasando el ominoso graffiti que dice "olvidarnos, jamás."

¿Y el soldadito perdido?

¿Y el papel del primer chicle?

¿Dónde están? ¿Son el alma del mundo? ¿Son el alma?

Cuando me muera de frío los pintores de Atopia me harán homenajes. Uno hasta me dedicará una muestra completa. Alguien vendrá a este mismo lugar y me rezará, y yo soplando como un alma en pena desde el río le daré la fuerza para conseguir sus deseos. Se correrá la voz, muchos y muchas lo imitarán o la imitarán, y seré objeto de un culto popular. Se pondrán en este lugar efigies mías en el gesto ridículo de saludar al barco. Seré en esas imágenes muy hermoso, y haré grandes milagros. Mis fieles agradecidos me traerán latas llenas de carbones y leños encendidos, competirán entre sí a ver quién tiene la llama más alta, y al anochecer toda la costa del Río Paranadá será una magia de fuegos ardiendo para que mi alma no tenga frío. (Pucha que de verdad está haciendo frío. Es hora de ir a darles de cenar a mis gatos...) La imagen será tan bella que vendrán

fotógrafos de todo el mundo a sacar fotos, periodistas de todo el mundo a entrevistar vecinos, y "el loco saludador de barcos" se convertirá en un mito universal...

*La luz se vuelve leve bajo el puente de hierro. ¿Dónde estamos?
Hay un sauce sin tronco, enfrente; un manchón verde,
el fantasma de un sauce.*

*Siempre debería ser ahora.
Siempre debería ser verano.*



(Fragmento de la novela inédita "DAF")



MENSAJES



Otra vez nos escribió Carlos Antognazzi. Dice que el nro. 2 le parece tan bueno como el primero. ¡Gracias!
De todas formas, rogamos que alguien más nos escriba, para evitar que este espacio de todos se convierta en "La columna de Carlos"

Enviénnos cartas postales o electrónicas.
Sabremos recompensarlo.

Recibimos en:

J.M.de Rosas 929, 10° C - (2000) - Rosario

dim@citynet.net.ar

Jezabel

Martín Navarro

Quise correponderle. Cuando con sus tetas me tocó la cara, yo con mi boca la lamí primero y la mordí después. Me golpeó y me dijo -estúpida, con mis tetas no se juega. Se las había hecho en Chile y con eso no jodía, pero de todos modos, estaba excitada. Tanto que parecía que iba a estallarle la verga, apretada contra mi estómago. A mí, el sudor me cubría, desde las axilas hasta los huevos.

Hacia ya un tiempo que venía junándola y se la tenía jurada. La dí vuelta y le levanté el culo contra mi boca. Se lo lamí profundamente, con mi lengua ansiosa. También le metí uno, dos y más dedos, hasta que se dilató entera y entró toda la mano. Por debajo, le agarré su pija y la pajeaba. La tenía grande y húmeda la guacha. Para que no le saltara la guasca, dejé de pajearla y le puse la mía en la boca. El placer mío era inmenso, y me parece que el suyo también, porque me chupaba como loca, atragantándose.

Luego me le subí encima y me la quise montar, pero no quiso porque estaba sin forro. El olor del cuartito era denso y dulzón y hacía que nuestra excitación creciera más y más. La cama era una asquerosidad, porque cuando empezamos a jugar me pidió que la meara sobre el pecho y yo lo hice. Total a mí no me importaba.

Entonces, agarró y me pellizcó las tetillas, supongo que pensando que el suyo era un cariño, pero me calenté porque me dolió y le puse una piña en la cara. Como sonrió y no se quejó, me supuse que le gustaba la joda violenta, así que le dije -¿quierés jugar fuerte, putita?- y busqué el encendedor que estaba sobre la mesita de luz. Pero se ve que no quería tanto bardo, porque me gritó -¡estás mamado, hijo de puta!- y empezó a forcejear para sacármelo. Yo tenía los dedos refalosos por la humedad de su culo, pero cuando me lo sacó la agarré de una pata, la tiré fuera de la cama y le puse un rodillazo en la jeta que la dejó nocau. Viendo el quilombo que era la casilla, me levanté y me puse los pantalones para irme. Pero antes busqué en su cartera y le saqué unos dólares que tenía.

Me calcé las alas y, no sé por qué, antes de salir le prendí fuego a las cortinas. Así que corrí por la Panamericana, tomando enviñón para levantar vuelo. Cuando partí, miré hacia abajo y vi la casa del travesti incendiándose.

Una pena, hacía tiempo que me venía gustando el guacho, desde que lo descubrí una tarde en que yo volaba bajito y él andaba parando camioneros en la ruta. En el Nombre del Padre, los Hijos revoloteamos excitados, imaginando una atroz orgía de fuego y sangre. El fuego es el semen celestial que los Hijos robamos al Padre, una y otra vez, matándonos entre nosotros,

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

porque no podemos matarlo a El.

Pero se ha revertido la Ley: mientras Lo castramos incesantemente, ¡Verbo infecundo!, nuestro único Te Deum es la profanación de Sus Creaturas...



Húderiq y los gigantes

Marcelo J. Valenti

Las dimensiones del salón estaban más allá de la vastedad. Piso, techo y paredes de mármol blanco; luz dolorosa y ausencia total de olores.

- Bueno- exclamó Húderiq, sacándome de la anestesia que aquel ambiente me había provocado. - Es aquí.

Nos detuvimos frente a una superficie de vidrio. Un fondo oscuro convertía al vidrio en espejo. Contemplé nuestras figuras reflejadas. Húderiq de guardapolvo blanco y sonrisa cínica, se balanceaba levemente, jugaba al anfitrión que retrasa la exhibición de su mayor tesoro, aquel por el cual convocó a sus invitados. Yo sin expresión, o casi, tan sólo un suave tic que me tensaba la comisura izquierda de la boca.

La ansiedad de Húderiq lo venció antes de que yo me volviera hacia él para pedirle que continuara. Yo podría haberme quedado ahí, inmóvil, capturado en mi propia imagen. Me gusta mirarme en los espejos.

Húderiq presionó la superficie marmolada en la que yo no distinguí ningún botón y del otro lado del vidrio se hizo la luz.

Las cabezas de los gigantes se agolparon contra el vidrio y retrocedí instintivamente unos pasos. Húderiq, creo, emitió unas risitas.

Los gigantes se agitaban, chocaban sus caras contra el vidrio. Abrían sus bocas enormes, babeantes, los dientes amarillentos.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Tenían un solo ojo nacarado. Casi enseguida se pusieron a llorar.

- ¿Querés que conecte el audio?- preguntó Húderiq y sin esperar respuesta manipuló la consola indiscernible.

Un aullido ronco, pavoroso, dolorido, retumbó en el salón. Más leve, se escuchaba un chapoteo que después interpreté como el ruido de sus cabezas al chocar entre sí.

El grado de desesperación se fue incrementando y yo me volví hacia Húderiq. Su expresión no dejaba dudas: él lo estaba disfrutando.

Húderiq sintió mi mirada.

- ¿Suficiente?- Yo asentí. - Bueno-. Un nuevo toque y se apagaron las luces y los estertores.

- Todavía hay más- dijo Húderiq y avanzó hasta una compuerta circular. La abrió, el interior humeaba. Sacó dos enormes ganchos de carnicero de un bolsillo del guardapolvo y se colocó un barbijo. - Y estos son bebés de gigantes-. Asomó medio cuerpo a aquel ámbito nuboso y al salir arrojó al piso la criatura capturada con los ganchos, que al estrellarse contra el mármol vomitó una sustancia anaranjada y granulosa. Me hubiera embadurnado si el horror no me hubiese acorralado contra la pared.

- Los mantenemos en ebullición constante- agregó Húderiq.

La criatura, pálida, desleída, volvió a ser capturada y fue devuelta a su limbo humeante.

- Bueno, vamos a comer- invitó Húderiq, sorteó el charco naranja y me tomó de un brazo.

En el extremo del salón había un recodo y allí una parrilla.

A mitad de camino nos cruzamos con hombres vestidos de azul cargados con elementos de limpieza.

- Van a limpiar... después de las exhibiciones siempre queda alguna mancha.

Junto a la parrilla había una heladera. Húderiq sacó una fuente y dijo: - ¿Qué te parecen? Son sesos de gigante. Son ex-qui-si-tos...

Yo ya me había cansado de sus juegos atroces. Antes de perder el partido desmayándome, prefería salir de la escena.

Por una puerta pequeña pasé a un pasillo oscuro, en el fondo se veía una luz. Cuando llegué al exterior las náuseas habían pasado. Nadie me había seguido. Comencé a correr por un bosque de eucaliptus, lejos al fin del horror.





Maia Ferro

Hoy tendré que dormir

Si es larga la noche,
¿por qué habrá
que dormir?
Quiero recitar mis poemas
en voz alta,
pero se enterarán que
escribo.
¿Será bueno
eso para mí?...
Esta noche
quiero gritar
hasta quebrar
mi garganta,
pero mis vecinos
quieren dormir.
Quiero escuchar
hoy la melodía
de un disco que jamás
entró en mis oídos,
pero él quiere dormir...
Y así tendré
que escribir un
cuento, en voz baja,
junto a mi almohada,
pero...
si es larga la noche
por qué me he
de dormir.



Un hombre sediento
llegó a la tierra,
sintió el sol en sus hombros
y vió caer un pájaro
desorientado por las antenas.
Entonces lloró
y sus lágrimas no fueron
suficientes.
Comenzó a llover
y bebió,
era agua dura.
Incapaz de saciarse,
irremediablemente empapado
buscó un refugio,
no lo encontró.
En medio del frío
gritando, dijo:

Todas las puertas se cierran
frente a la lluvia.
¿Por qué?
Si me arde la garganta
un hombre pone
en mi nariz
el candado.

Pablo Crash Solomonoff
Adivina o te vuelvo loco

No necesitas creer, beber de mi licor
de pensamiento.
Escucha o te pateo.
Perderás la razón, no la memoria.
Perderás el tiempo, no la vida.

Lao Tzeu lo ha dicho:
"te cortaré la cabeza, luego sabrás la verdad".

(a Gabriel Der Kevorkian)

El tiempo de transpirar está pasando.
Elegí una vez amar, no me arrepiento.
Hay apenas un perro ladrando a la luna el mismo sonido
que perro similar a luna similar
hace siglos.

El perfume de tu alma se aproxima.
El color de tus ojos en el cielo,
un pensamiento lúcido en la oscuridad
que acaricia mi cuerpo.

Me sumerjo en el silencio de tu beso.

(basado en "Ir tirando", novela de P. Dick)

Guía Práctica para el Viajero



Comienzo de la
Sección de Narraciones



Comienzo de la
Sección de Poesías



Final de cada narración



Nos gustó.
Lo usamos por ahí...



¡Para seguir viajando!

"¿Se te da por la escritura?"

**Viajeros de la Underwood recluta tripulantes para
sus próximos números.**

Mandanos una copia mecanografiada de tus cuentos,
que no exceda las 3 carillas A4, a nuestra redacción.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Salón de Cortes
THE LOOK

Martes a Sábado

9.30 a 13.30 y

15.30 a 20.30

✱ Estudiantes \$7

✱ 20 % de descuento
presentando la revista

1ro de Mayo 960

LIBRERIA VITES

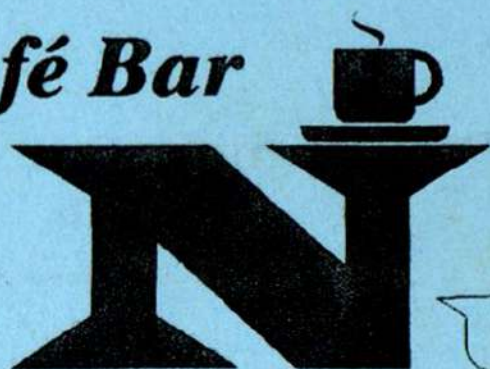


Compra y Venta
de libros nuevos y usados

Sargento Cabral 74
(frente a la aduana)

Tel: 24-66 16

Café Bar



44
ueve

Italia 944 - Tel: 262781 - Rosario

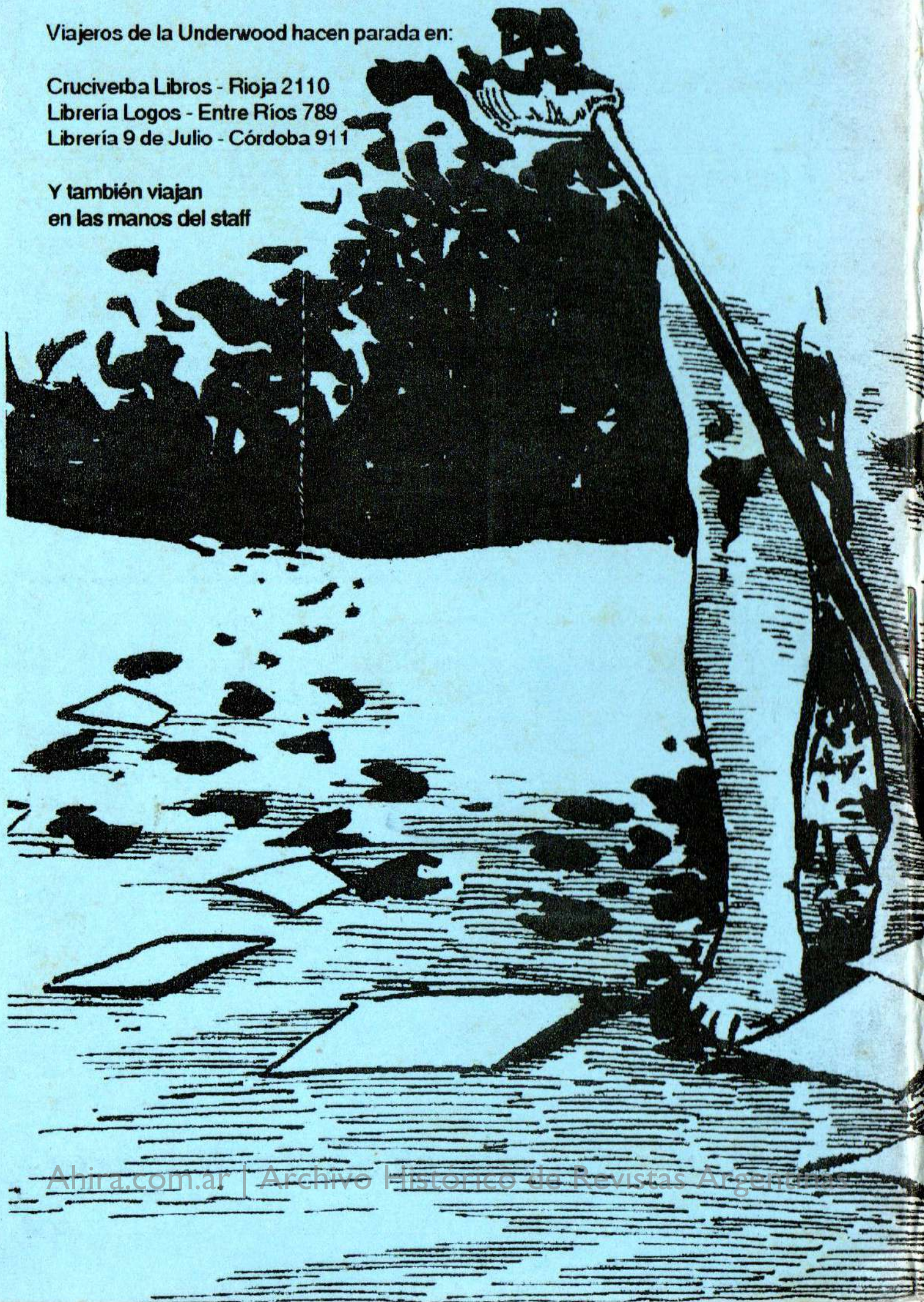
Viajeros de la Underwood hacen parada en:

Cruciverba Libros - Rioja 2110

Librería Logos - Entre Ríos 789

Librería 9 de Julio - Córdoba 911

Y también viajan
en las manos del staff



Viajeros de la Underwood hacen parada en:

Cruciverba Libros - Rioja 2110
Librería Logos - Entre Ríos 789
Librería 9 de Julio - Córdoba 911

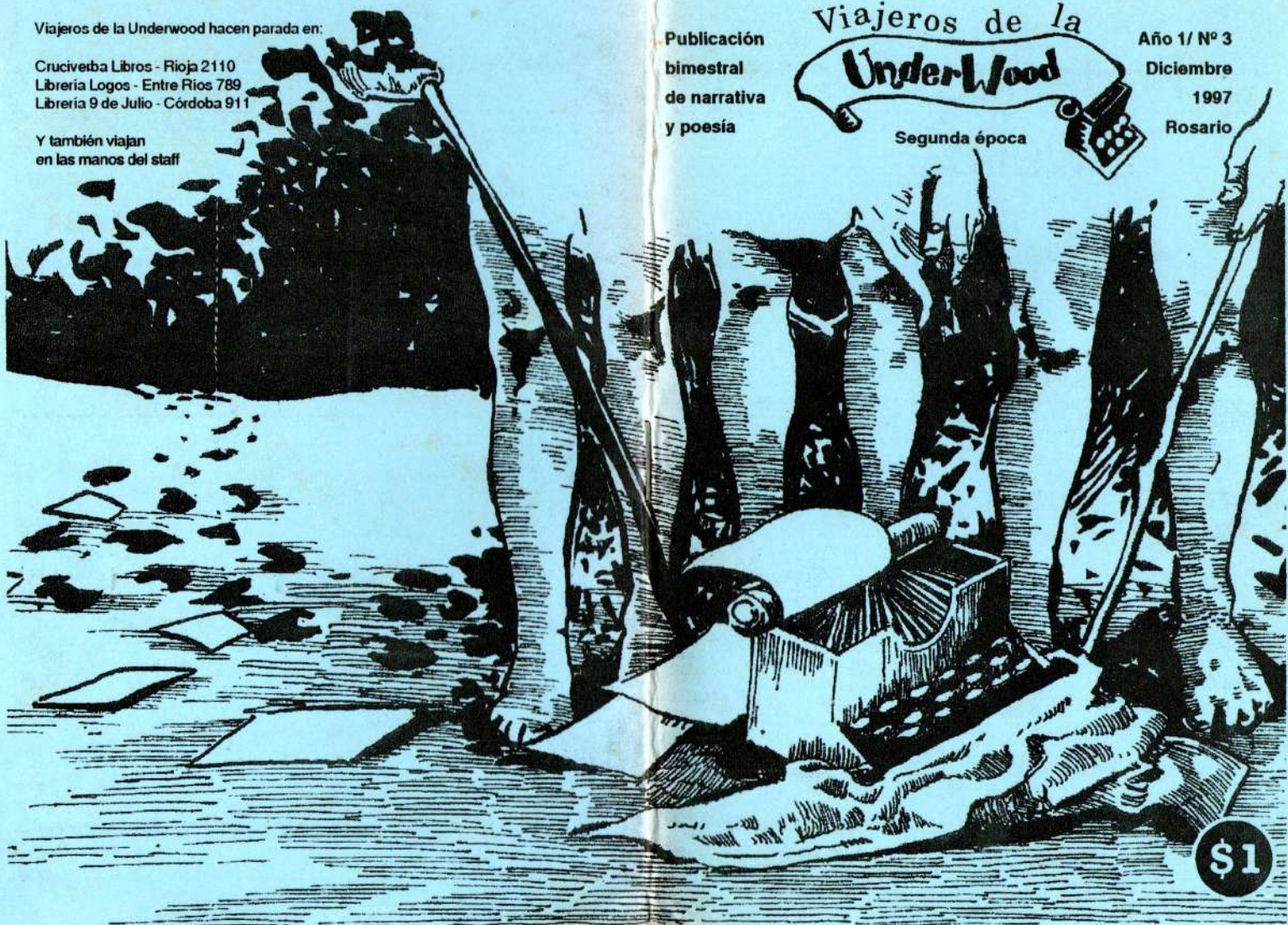
Y también viajan
en las manos del staff

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la UnderWood

Segunda época

Año 1/ N° 3
Diciembre
1997
Rosario



\$1